

Querequetedequé

Augusto Godachevich

(Obra Infantil para dos actores o más)

Personajes:

Malena

Campesina Martina

Duende Verdolaga

Conejo Fantoche

Coneja Parabrisa

Poeta

Princesa

Madre (Voz fuera de escena)

Augusto Godachevich / 2011

(La escenografía representa la habitación de Malena. Hay una mesa junto a una silla en algún lugar del escenario. Sobre la mesa se encuentra una máquina de escribir, hojas, el mate, el termo, la yerbera y la azucarera. La luz se enciende y muestra el escenario vacío. Entra Malena con la pava y llena el termo. Se sienta a la mesa, dispone las cosas como para comenzar a escribir, se ceba un mate, lo toma y piensa).

Malena —Bueno. Ya tengo todo listo para poder empezar. El agua caliente en el termo, el mate, la máquina cargada de tinta, y un montón de hojas blancas preparadas para ser cubiertas por “historias”. Ahora, sólo me faltan, las “ideas” A ver... pensemos. Ideas... ideas... ¿Sobre qué va a tratar mi cuento? ¿Qué puedo contar? (Piensa). ¿Qué puedo contar? ¿Qué puedo contar? No se me ocurre nada. (Toma un mate. Lo mira). Rico mate. El mejor compañero, para escribir, es el mate; no cabe duda. (Dándose cuenta): Ahí está... ¿Y si escribo sobre el mate? ¿Y si escribo algún cuento que hable acerca del mate? Podría ser interesante. Sí, podría ser muy interesante. A ver... (Se pone a escribir). Algo con el mate, algo con el mate... A ver... *“Había una vez, en una tierra muy lejana... (se le ocurre el personaje) ...un duende”*. Ahí está. *“...un duende llamado Verdolaga, que siempre se vestía de color... verde”*. (Entra el duende a escena, viene paseando). *“El duende, del que les cuento, amaba la naturaleza. Se sentía hermano de cada árbol, de cada hojita y de cada plantita. Siempre andaba paseando por el bosque. Lo que más disfrutaba hacer, el duende Verdolaga, era cantar mientras paseaba descalzo por el bosque”*:

[Canción: Soy un duende]

Duende —*Soy un duende,*

*me llamo Verdolaga,
y me encanta caminar
por el bosque sin cesar.*

*Voy descalzo...
¡Bailo sobre el pasto!
Voy cantando esta canción
que si no te gusta
no me importa.*

*Soy un duende,
hablo con las plantas:
“Hola hermosa, ¿Cómo estás?
Lindo día. ¿Qué contás?”*

*Voy en busca
de alguna aventura.
Voy cantando esta canción
que si no te gusta
no me importa.
No me importa, no me importa... (Repite)*

*Malena — “Una tarde, en uno de sus paseos, el duende
Verdolaga se encontró con una campesina llamada... (piensa)
...Martina”.*

Duende —¿Cómo le va señorita campesina?

*Malena — “Dijo el duende. Pero la campesina mal humorada
le contestó”*

*Martina —(Ella levanta la cara de la máquina para contestarle
ya interpretando a Martina). ¡Qué te importa!*

Malena —(Vuelve a la máquina). *“El duende se quedó pasmado por la respuesta. No podía salir de su asombro. Por más que trataba, no podía. (El duende se queda congelado de asombro) No podía, no podía, y no podía. Hasta que al final... pudo”*

Duende —(Saliendo de su asombro) Pero... ¿Por qué me contestás así?

Martina —(Malena sale de la máquina y personifica a Martina) Te contesto como se me da la gana. Lo único que falta es que te tenga que dar explicaciones, enano sucio.

Malena —(Ya contándole a público en lugar de escribirlo) *“El duende se quedó con la boca más abierta que antes. Nunca había presenciado semejante cosa. Quiso contestarle algo a la campesina, pero del asombro, su mandíbula había quedado trabada. Solo pudo emitir un sonido que parecía no querer decir nada”*.

Duende —Aoooooiaa.

Martina —*“El duende Verdolaga, después de varios golpes, logró destrabarse la ajetreada mandíbula. Entonces fue que dijo:”*

Duende —¿Se puede saber qué es lo que te pasa por la cabeza, para contestarme con tanta, pero tanta, tanta insolencia?

Martina —Me pasan cosas.

Duende —¿Cosas? ¿Qué cosas?

Martina —Cosas. ¿No sabés lo que son las cosas?

Duende —Sí, las cosas son... las cosas. Pero digo ¿Qué clase de cosas?

Martina —Cosas, muchas cosas. Cosas diferentes, diferente tipo de cosas. Muchas, muchas cosas.

Duende —A ver... Ya entendí que tenés, en tu cabeza, muchas cosas. Pero... ¿Podrías elegir una de esas cosas y contarme de que se trata “esa cosa” elegida?

Martina —Mis cosas, son cosas privadas. Nunca te contaría sobre mis cosas, y no hay cosa que me haga cambiar de opinión sobre estas cosas.

Duende —(Como sorprendido). Pero... ¡Qué cosa!

Martina —Y ahora andate de acá, enano verdoso.

Duende —No soy un enano, soy un duende. Y mi nombre no es Verdoso, sino Verdolaga.

Martina —Me importa muy poco todo lo que me contás.

Dejame sola, y seguí con tus asuntos. Demasiado tengo ya con mis cosas.

Duende —¿Qué cosas?

Martina —(Un poco más sacada). Te dije que... ¡cosa mía!

Duende —¿Se te escapó el perro?

Martina —No tengo perro.

Duende —¿Estás triste porque no tenés perro que te ladre?

Martina —No, para nada, no me interesa tener perro..., y menos que me ladre.

Duende —¿Y qué es lo que te interesa?

Martina —Cosas. Muchas cosas.

Duende —¿Qué cosas?

Martina —No sé, cosas.

Duende —¿Alguna cosa en particular?

Martina —(Tomándolo para la joda). Sí, hay una cosa que me interesa más que otra.

Duende —¿Sí?

Martina —Así es.

Duende —¿Qué cosa es esa?

Martina —Es una cosa de color.... verde.

Duende —¿Verde?

Martina —Sí, de color verde.

Duende —Las plantas.

Martina —No, no me importan las plantas.

Duende —El pasto.

Martina —No.

Duende —Mi ropa.

Martina —Pero no. ¿Por qué me va a interesar a mí, la ropa de un duende rastrero?

Duende —¿Rastrero?

Martina —(Ya harta). ¿Qué puedo hacer para que te vayas de una vez y me dejes sola con mis pensamientos...

(Enfatizando)... y mis cosas?

Duende —¿Con tus cosas?

Martina —Sí, mis cosas.

Duende —Dejame pensar.

Martina —“El duende pensó y pensó durante unos segundos, hasta que se le ocurrió una maravillosa idea”:

Duende —Ya sé. Ya vengo, no te vayas.

Martina — *“Le dijo el duende, a la campesina Martina, y salió corriendo con sus pies descalzos hasta llegar hasta su cabaña. Rápidamente preparó una infusión, que él solía tomar cuando era chico junto su padre, el duende Colorete. Una vez que tuvo todo preparado, volvió corriendo hacia donde estaba la campesina”.*

Duende —Ya estoy de vuelta hermosa campesina.

Martina —¡Y a mí qué me importa! Banana.

Duende —¿Banana? (Indignado). Pero...

Martina —¡Sh! Silencio. ¿Qué fuiste a buscar?

Duende —Ya vas a ver. (Se dispone a armar el mate). Quiero que pruebes una cosa.

Martina —¿Una cosa?

Duende —Sí, una cosa maravillosa.

Martina —¿Me das tu palabra de que, una vez que haya probado esa cosa que trajiste, no me vas a molestar nunca, pero nunca más?

Duende —(Mientras sigue preparando el mate). Te doy mi palabra.

Martina —Mejor así. (Mirando lo que hace). ¿Qué es eso que estás preparando?

Duende —Se llama “mate”.

Martina —¿Mate? ¿Qué es el mate?

Duende —(Le ceba un mate y se lo da. Ella lo mira con desconfianza). Probalo.

Martina —Parece pasto. ¿Qué es esto? Qué asco.

Duende —Probalo, por favor.

Martina —¿Si lo pruebo te vas?

Duende —Una vez que lo pruebes, verás que no me veras, ya nunca más.

Martina —¿En serio? ¿Nunca más?

Duende —Ni menos, ni más. Nunca más.

Martina —Qué alegría. Bueno, entonces lo voy a probar. (Martina le da un sorbo al mate y lo saborea).

Duende —¿Y? (Ella no dice nada. Vuelve a dar otro sorbo hasta terminarlo). Listo, no hay más. (Ella se queda mirando adentro del mate). ¿Y? ¿Qué te pareció?

Martina —(Devolviéndole el mate). No sé, extraño. No es feo. Pero tampoco se pude decir que sea rico..., aunque..., no sé...

Duende —(El duende se ceba un mate para él y lo disfruta). Esta yerba es sabrosísima realmente. Muy sabrosa. (Ella lo mira, y se da cuenta de que quiere otro mate. Él se ceba un segundo mate y se dispone a irse). Bueno, como lo prometido es deuda, y yo no soy un duende moroso, sarnoso, ni morboso, me voy. No te molesto más. Hasta luego, señorita campesina. (Comienza a irse. Ella comienza a desesperarse).

Martina —¿Ya te vas?

Duende —¿No querías que me vaya?

Martina —Sí, sí, claro... Andate no más.
Duende —Bueno... Adiós entonces. (Vuelve a irse).
Martina —Pero...
Duende —¿Qué pasó?
Martina —No me das otro de esos...
Duende —¿Otro qué?
Martina —Otro té... té de pasto.
Duende —(Ríe). Se llama mate. ¿Querés otro?
Martina —Sólo uno más..., si no es demasiada molestia
Duende —Pero cómo no, señorita. Será un placer. (Vuelve y le ceba un mate más. Ella lo toma y lo disfruta mucho).
Martina —Qué rico, muy rico.
Duende —¿Te sentís mejor?
Martina —¿Con respecto a qué?
Duende —No sé, a tus cosas.
Martina —(Aseverando). Mis cosas.
Duende —Claro, tus cosas.
Martina —Sí, está un poco mejor... la cosa. (A partir de ahora comienzan a tomar mates uno y uno sin parar). Es que a veces las cosas nos preocupan mucho.
Duende —Sí, hay algunas cosas que no nos dejan dormir.
Martina —Ni descansar.
Duende —Ni sonreír.
Martina —Claro. (Decide contarle debido a la camaradería producida por el mate). Lo que pasa es que... (Como en secreto) ...hay alguien.
Duende —(Parándose y mirando) ¿Dónde? ¿Quién es? ¿Dónde está? ¿Eh?
Martina —¿Quién?
Duende —El alguien, ese alguien que vos decís.
Martina —No, digo que hay alguien... en mi vida.
Duende —¿En tu vida?

Martina —Claro.

Duende —¿Adentro de tu vida?

Martina —¿Eh?

Duende — (Mirando por su boca). ¿Vive alguien adentro tuyo?

Martina —Pero no, digo que hay alguien que me interesa.

Duende —Ah. ¿Es un perro?

Martina —No. Basta con los perros.

Duende —Entonces es claramente un elefante..., pero los elefantes no ladran...

Martina —No, no.

Duende —¿Un escarabajo?

Martina —No, digo que hay alguien que me gusta.

Duende —Ah. Un ser humano.

Martina —Claro.

Duende —¿Y?

Martina —Pero no me animo a decírselo.

Duende —¿Qué cosa?

Martina —Que me gusta.

Duende —Ah... Tenés miedo.

Martina —Sí, tengo miedo. No sé cómo empezar la charla. No sé cómo decírselo.

Duende —No debe ser muy difícil.

Martina —A mí me parece que sí.

Duende —No.

Martina —Sí.

Duende —No.

Martina —Sí.

Duende —No y se acabó. (Sin dejarla hablar). Hagamos una cosa.

Martina —¿Qué cosa?

Duende —Ensayemos

Martina —¿Ensayemos?

Duende —Yo hago del chico y vos haces de la chica.
Martina —No.
Duende —Sí.
Martina —No.
Duende —Sí, y se acabó.
Martina —Bueno... está bien
Duende —¿Cómo se llama el chico?
Martina —Pascual.
Duende —¿Pascual? ¡Qué horrible!
Martina —Se llama así... ¿qué querés que haga?
Duende —¿No te podías de enamorar de otro?
Martina —Esas cosas no se eligen.
Duende —Está bien. Yo hago de Pascual. ¿Y la chica cómo se llama?
Martina —¿Qué chica?
Duende —La chica, la enamorada. El personaje de esta hermosa historia de amor.
Martina —La chica soy yo.
Duende —(Dándose cuenta) Ah, claro. Sos vos. (Se da cuenta que no sabe cómo se llama) ¿Y vos cómo te llamas?
Martina —Martina.
Duende —Bue... Más lindo que Pascual es.
Martina —¿Vos te olvidás que te llamás Verdetelo?
Duende —Verdolaga.
Martina —Bueno, peor. Es horrible.
Duende —(Enojado) ¿Podemos empezar a ensayar de una vez?
Martina —Dale, por favor.
Duende —Entonces vos hacés de vos misma. Yo, que hago de Pascual, hago como que entro por allá, vengo de... pescar... batatas. Sí, batatas.
Martina —¿Batatas?

Duende —...y me encuentro con vos de casualidad. Y ahí vos me decís que querés ser mi esposa.

Martina —¿Esposa?

Duende —¿No querías ser la esposa de Pascual?

Martina —Sí, va, no sé... Es muy apresurado ser esposa. Mejor ser novia primero.

Duende —(Saliendo) Bueno, lo que vos quieras. (Para sí). Estas mujeres... ¿Quién las entiende? Primero quieren una cosa, pero después no... pero con el tiempo resulta que sí, que querían, pero no lo dicen, hay que adivinarles todo...

Martina —¿Arrancamos?

Duende —Sí, sí. Vamos. (Sale por un costado. Grita desde allí). ¡Acción! (Entra caminando, como estuvo caminando hasta el momento, como duende, y habla con la misma voz). Buenas tardes. ¿Cómo le va a la hermosa campesina Ernestina?

¿Adivine lo que acabo de pescar en la huerta? Batatas, batatas carnívoras... Tenían unos dientes así de grandes...

Martina —(Interrumpiendo la interpretación). Pará, pará...

Duende —¿Qué pasó?

Martina —Primero, no me llamo Ernestina, me llamo Martina.

Duende —(Como diciendo un refrán). “Si es parecido, es lo mismo”.

Martina —Y segundo: Sería mejor que actúes más... a ver... como si fueras... un ser humano.

Duende —Un ser humano. ¿Y cómo sería?

Martina —Tenés que caminar diferente, no sé. ¿Nunca viste un ser humano?

Duende —Sí, creo que sí. (Mira a público relojeando).

Martina —Bueno. ¿Y cómo camina un ser humano? ¿A ver? (Él camina más erguido).

Duende —¿Así?

Martina —Ahí está mucho mejor. Ahora la voz.

Duende —¿Qué voz?

Martina —Tu voz, tu modo de hablar. Tratá de hablar más como un ser humano.

Duende —(Prueba) ¿Mas así?

Martina —(Poco convencida). Sí, un poco mejor está.

Duende —Bueno. Listo. Ya soy un ser humano.

Martina —Vamos de vuelta.

Duende —Sí, Catalina.

Martina —Martina.

Duende —(Saliendo). Sí, eso, Guillermina. (Desde afuera). ¡Va! ¡Escena del casamiento de Guillermina con el ser humano, toma 2! (Martina no lo puede creer. El duende entrando. Simulando sorpresa). Hola. ¿Cómo estás Agustina? No esperaba encontrarte acá. ¿Querés bailar? (Aplaude y suena música. Se pone a bailar).

Martina —(Ella habla pero la música es más fuerte). Ey, pará. ¡Pará un cachito! (Él la zarandea un poco para hacerla bailar. Hasta que ella le da un bife y para la música. Él se da cuenta que paró y vuelve a aplaudir. Suena la música y ella le da otro bife. Se apaga. Él se pega a sí mismo y suena de vuelta. Lo hace varias veces hasta que ella lo frena). Basta, Verdetelo.

Duende —Está bien. Si preferís hablar hablamos. Lo que vos necesites, futura esposa mía.

Martina —(Podrida). ¿Vos no te das cuenta, que yo no sé si él está enamorado de mí? (Él no entiende). Soy yo la que le va a decir a él, que me gusta. ¿Entendés?

Duende —A,h claro. Entonces mi personaje no sabe que te ama.

Martina —Claro. Soy yo la que le va a decir. ¿Y qué es eso de bailar? (Él se acuerda y aplaude, suena. Ella aplaude y silencio. Él va a aplaudir y ella le retiene las manos). Estamos en un bosque, no en una fiesta.

Duende —¿Vos no bailás en el bosque?

Martina —No. Porque soy un ser humano. Los duendes son los únicos nabos que bailan en el bosque.

Duende —Ah, entonces, como yo interpreto a un ser humano no puedo bailar en el bosque.

Martina —Claro.

Duende —Ajá. (Pensando) Mira, no me parece que se pueda representar algo teatralmente sin una mínima escena de baile.

Martina —Te dije que nada de baile.

Duende —(Canta a capela). ¿Y alguna canción? ¿No estaría bueno que Pascual entrara cantando? (Cantando). “Yo soy Pascual, soy un ser humano, y me caso igual, aunque seas horrible”.

Martina —Basta. Dejá, dejá. Ya está, olvidate. No hagamos nada.

Duende —No, pará, yo te quiero ayudar. Te prometo que esta vez me sale espectacular. Voy a ser un humano hecho, maltrecho y derecho.

Martina —No, basta.

Duende —Por favor, Marilina.

Martina —Te dije que me llamo Martina. (Él se quedó en un gesto de por favor). Uf. Bueno, pero es la última vez que probamos.

Duende —Excelente. (Sale. Entra y es un ser humano a la perfección). Ey, hola. ¿Cómo estás Martina? ¿Qué andás haciendo por acá?

Martina —Nada, estaba... juntando... flores para mamá.

Duende —Qué bien. Las flores son algo realmente hermoso. Sus pétalos, tienen algo que me sensibiliza...(emocionado) ¿Sabés qué? Nos somos nada.

Martina —Mirá...

Duende —Qué día, hoy ¿No? Mucho calor.

Martina —Escuchame Pascual.

Duende —¿Qué pasó?

Martina —Hay algo que te quiero decir.

Duende —Diga, no más. La escucho estrecho, derecho y con suma atención.

Martina —Yo siento algo por vos.

Duende —(Pisando lo que ella dice). Mirá una abeja.

Martina —¿Eh?

Duende —Nada, nada. ¿Qué decías?

Martina —Te decía que yo siento algo por vos.

Duende —(La pisa de vuelta). Mirá esa nube. Tiene forma de perro, de un perro que ladra. ¿No es hermoso? ¿No sería hermoso tener un perro que te ladre todas las mañanas?

Martina —No, basta.

Duende —Disculpa, te juro que no te interrumpo más.

Martina —(De golpe). Que siento algo por vos.

Duende —(Asustado). ¿Cómo que sentís algo?

Martina —Claro, me pasa algo con vos.

Duende —Pero... ¿qué es lo que te pasa? Yo no te hice nada. No podés tratarme así, Guillermina.

Martina —¿Cómo?

Duende —Nada, nada. Seguí. ¿Qué me estabas diciendo?

Martina —Yo... estoy enamorada

Duende —¿De quién?

Martina —De vos, Pascual

Duende —¿De mí?

Martina —Sí.

Duende —¿Estás segura?

Martina —Bastante.

Duende —¿Te parece? ¿No sería mejor enamorarse de otro?

Martina —No, creo que no. Te amo Pascual.

Duende —(Volviendo al duende). ¡Ya está! ¿Viste que era fácil? “Te amo pascual”. Listo, así de sencillo. “Te amo Pascual”. Una

pavada... ¿no? “Te amo pascual”. “Te amo pascual”. “Te amo pascual”.

Martina —Sí, no sé.

Duende —Bueno, ahora andá y deciseló.

Martina —¿Ahora?

Duende —Sí, señorita.

Martina —Pero me da muchos nervios...

Duende —(Pensando). Nervios, nervios... ¿Qué te puedo dar para los nervios?

Martina —Nada de pastillas.

Duende —Ya sé. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Martina —¿Qué? ¿Qué?

Duende —¿Qué que?

Martina —¿Que de qué te diste cuenta?

Duende —¡Querequetedequé!

Martina —¿Qué?

Duende —Ah, sí. ¿Vos te acordás, por si acaso, cómo me conociste a mí?

Martina — (Contestando con subtexto: obviamente). Sí, fue hace un rato.

Duende —¿Y cómo estabas vos hace un rato?

Martina —No sé. ¿Cómo estaba?

Duende —Estabas nerviosa.

Martina —¿Nerviosa?

Duende —Sí, nerviosa, tensa, sacada, con los pelos de punta.

Martina —Sí, puede ser. Estaba un poco nerviosa.

Duende —¿Y qué fue lo que te sacó los nervios?

Martina —No sé. ¿El mate?

Duende —Exactamente. El mate, con sus propiedades mágicas, une a la gente; la tranquiliza y la predispone para la charla amena y pacífica.

Martina —¿Todo eso?

Duende —Todo eso, y más. ¿Te das cuenta?

Martina —¿De qué?

Duende —Anda a lo de Pascual, cebale unos mates, y charlen con tranquilidad y camaradería. Así vas a poder decirle todo lo que necesitás sin ningún tipo de nervio.

Martina —¿Pero de dónde saco un mate?

Duende —Tomá. Yo te regalo el mío.

Martina —¿En serio?

Duende —Sí señora.

Martina —Pero... después de cómo te traté...

Duende —¿Cómo me trataste?

Martina —Mal, muy mal.

Duende —Ah, cierto. (Aplaudes y empieza a interpretar)

Canción: *Vos me trataste mal*

Duende —*Vos me trataste mal,
porque estabas muy mal.
Porque querías hablar,
pero no podías hablar.*

Martina —*Pero un mate tomé,
y luego tome dos,
mi lengua se aflojó
y te conté mi dolor.*

Duende —*Yo te digo que
vayas a hablar con Pascual,
y vas a ver
que todo va a salir bien,
salir bien.*

Martina —*No, no sé. Me da miedo pensar, que quizá, me diga que él no me ama, ni me amará.*
Duende —*Te amará.*

Martina —*Yo te traté muy mal...*
Duende — *...porque estabas muy mal...*
Martina —*...porque querías hablar...*
Duende —*¡Basta, dejá de cantar!*

Martina —*Yo te pido perdón.*
Duende —*Nada que perdonar.*
Martina —*Gracias por la infusión.*
Duende —*El mate es tu salvación.*

*Te digo que
vayas a hablar con Pascual,
de una vez,
que todo va a salir bien.*

Martina —*Sí, creo que sí, él me va amar, yo lo sé.
Y junto a él,
té de yerba yo tomaré, tomaré...
y me casaré,
o novia seré,
y me casaré, casaré.*

Duende —*Claro. Ve por él, Catarina.*
Martina —*Sí. ¿No?*

Duende —Claro, vamos. Dale ¿Qué esperás?

Martina —Es que... no sé... y si él...

Duende —(Ya podrido) Andate de una vez.

Martina — Sí, sí. Deseame suerte.

Duende —Mucha suerte Carolina, todo va a salir bien.

Martina —Sí. Sí. Todo va a salir bien.

Duende —Sí, todo. Ve, Guillermina.

Martina —Gracias por el mate.

Duende —Bueno, de nada. Ve, corre Marilina.

Martina —Muchas gracias y perdón.

Duende —¡Andate de una vez, Martina!

(Martina sale, y el duende se queda saludándola con la mano. Malena ya entra sin el personaje y se sienta a la silla. El duende sigue saludando, realizando constantemente esta monótona acción)

Malena —“*El duende se quedó saludando a Martina durante un largo rato. Hasta que se cansó*” (El duende baja la mano y se hace unos masajes) “*Después de masajearse los músculos acalambrados de la mano, Verdolaga, volvió a mirar por donde había salido la campesina, pero ya no la veía. Así que decidió seguir caminando por el bosque en busca de más aventuras.* (El duende sale tarareando). *Muchos días después Verdolaga volvió a cruzarse con Martina, pero esta vez, ella no iba sola, sino acompañada por Pascual. Iban los dos tomados del brazo, charlando enamoradamente. Fue en ese momento que le dijeron a Verdolaga que se iban a casar, y que querían que él fuese el padrino. También querían que, en la boda, Verdolaga cebara mates para todos los invitados. El duende aceptó la invitación, y a los tres días se casaron. Y así termina este ridículo cuento, con todos los personajes mateando contentos. Fin*” (Martina

saca la hoja de la máquina de escribir y camina por el espacio releeyéndola). Y así termina este ridículo cuento, con todos los personajes mateando contentos. Fin (No le gusta). No, no, esto es un delirio. No tiene sentido, este cuento. ¿Cómo van a tomar mates en una boda? No, esto es cualquier cosa.

Madre —(Golpes de puerta) Malena. ¿Qué estás haciendo?

Martina —Nada.

Madre —Haceme un favor, nena. Andá a comprarme un paquete de harina acá a la vuelta, que no puedo terminar de hacer la pastaflora.

Martina —Estoy ocupada, ahora.

Madre —¿Qué estás haciendo?

Martina —Escribiendo.

Madre —¿Otra vez escribiendo? ¿No hablamos del tema ya? Tenés que salir, hija. Tenés que reunirte con las chicas de tu edad. Ya te dije mil veces. Vivís encerrada ahí escribiendo. ¿Por qué no llamás a alguna de tus amigas... ¿mi amor?

Martina —No tengo amigas.

Madre —Pero claro, mi amor. ¿Cómo vas a tener amigas si te la pasas encerrada escribiendo? Así no se hacen las amigas.

¿Entendés? ¿Vos no querés tener amigas?

Martina —No me importa, mamá.

Madre —Ay, dios mío. Qué habré hecho para que esta chica salga así. Seguramente fue culpa de tu padre. (Cambiando de tema) Está bien, quedate encerrada ahí, pero andá a comprarme la harina, por favor. Y de paso lo sacas a pasear al “Fifu” ¿eh? Dale.

Martina —Ya termino y voy.

Madre —Bueno, dale que te espero. (Se oyen los pasos de la madre alejarse).

Martina —(Fastidiada). No sé porque no va ella a comprar la harina... Y encima me hace pasear al perro. No sé para qué se adoptó un perro, si ni siquiera lo saca a pasear. Siempre tengo que hacer todo yo. Comprarle la harina, pasearle el perro..., falta que me ponga a cocinar también. (Se ceba otro mate. Pone otra hoja en la máquina, y se pone a escribir otro cuento). *“Había una vez un perro”*. No, un perro no. Es muy obvio, es muy común. Otro animal, mejor. A ver... Algo más tierno, pero que a la vez sea una mascota... ¿Qué puede ser? ¿Un hámster? El hámster tiene un olor horrible. ¿Y un conejo? Sí, un conejo sí, me gusta. Un conejo. A ver... *“Había una vez un conejo gris, llamado... Fantoche”* Ahora sí. *“El conejo Fantoche era la única mascota de Emilia. Ella lo había criado, alimentado y mimado durante todos los días de su vida. Emilia y Fantoche vivían en un hermoso departamento con todos los lujos posibles. Al conejo Fantoche nunca le faltaba nada. Vivía como un rey”*

(Entra el conejo Fantoche cantando su canción)

[Canción: Tengo todo]

Fantoche —*Tengo todo lo que quiero,
cuando quiero, como quiero,
donde quiero, si lo quiero.
Soy una feliz mascota.*

*Tengo una cucha acolchada,
mullidita, calentita, donde duermo
por las noches, y alguna siestita.*

*Tengo desayuno y almuerzo,
tengo cena y merienda,*

*tengo postre y pochoclos,
zanahorias con almendras...*

*Un televisor gigante
para ver cuando yo quiera
las películas de monstruos,
dramas y comedias.*

*Tengo todo lo que quiero
cuando quiero, como quiero,
donde quiero, si lo quiero.
Soy una feliz mascota.*

*Cuando necesito ir al baño
tengo una caja con piedras
siempre limpias, perfumadas
con olor a menta.*

*Tengo una dueña que me quiere,
que me adora, que me cuida,
me cocina cosas ricas,
y me mima a toda hora.
Nunca me quejo de nada
como, duermo, baila y juego...
Hago lo que quiero.*

Malena —(Entra Malena con el traje de Coneja, pero sin la capucha puesta y le habla a público). *“Todo en la vida de Fantoche era perfecto. Hasta que una noche, Emilia volvió del trabajo con una sorpresa. Había llevado a la casa una nueva mascota. Era una coneja. Fantoche al verla se quedó pasmado, estupefacto. De la bronca se fue a dormir sin comer su ración*

de pastel de zanahoria. Emilia se entristeció mucho al ver la actitud de Fantoche. Pero ella, esperaba que, con el tiempo, Fantoche aceptara a la nueva integrante. Al otro día Emilia se levantó y se fue de compras. Entonces la nueva mascota aprovecho para presentarse”.

(La coneja se acerca hasta el conejo que está durmiendo y lo saluda fuertemente):

Parabrisa —Hola. (El conejo se despierta asustado y la mira mal. No dice nada. Ella repite:) Hola.

Fantoche —No me saludes.

Parabrisa —Hola.

Fantoche —Te dije que no me saludes.

Parabrisa —Hola.

Fantoche —(Silencio). Andate.

Parabrisa —(Silencio). Hola.

Fantoche —(Ya podrido) ¡Hola, hola, hola!

Parabrisa —¿Cómo estás?

Fantoche —Andate.

Parabrisa —¿Qué contás? ¿Qué decís?

Fantoche —Te dije que te vayas. Estoy ocupado.

Parabrisa —(Lo mira atentamente). No veo que estés haciendo nada.

Fantoche —Estoy... (Busca la palabra) ... pensando

Parabrisa —Ah... (Silencio) ¿En qué estás pensando?

Fantoche —Adivina...

Parabrisa —¿En mí?

Fantoche —Exactamente.

Parabrisa —¿En mí? ¡Qué tierno! ¿Estás pensando en mí? ¡Qué hermoso! Me encanta que piensen en mí. Me hace sentir

importante. (Preguntándose). ¿Y qué estabas pensando precisamente?

Fantoche —Estaba pensando en “cuánto me gustaría que desaparezcas”.

Parabrisa —(Tratando de entender) ¿Qué desaparezca? Ah... ¿Así como esos conejos que desaparecen dentro de las galeras de los magos? (Hace el gesto).

Fantoche —Me gustaría que desaparezcas. No me importa cómo. Solamente me gustaría despertarme mañana y ver que ya no estás más en esta casa.

Parabrisa —(Pensando). Lamento decepcionarte, pero no creo que eso ocurra. Tengo entendido que vine para quedarme. Me adoptaron para que viva en esta casa para siempre, para siempre, siempre... siempre. No sé si vos sabías eso. ¿Lo sabías?

Fantoche —Me lo imaginaba.

Parabrisa —Si para vos es una mala noticia, lo lamento mucho. Me duele en el alma. Si querés te presto mi hombro para que llores. ¿Querés llorar?

Fantoche —(Ya re podrido. La casa de las orejas): Escuchame una cosa, Conejita. Vos acá no tenés nada que hacer. Yo era muy feliz antes de que vos llegaras. ¿Quién te trajo a esta casa?

Parabrisa —Emilia, me trajo.

Fantoche —Mentira. Sos una mentirosa.

Parabrisa —Te juro. Me encontró en la ruta.

Fantoche —Hace años que vivimos con Emilia muy felices. A ella nunca le hizo falta otra mascota. Siempre alcanzó conmigo.

Parabrisa —Y bueno, quizá a Emilia le pareció que, otra mascota, alegraría aún más su feliz hogar.

Fantoche —¿Qué truco usaste?

Parabrisa —¿Cómo?

Fantoche —Seguramente te tiraste en el medio de la ruta haciéndote la conejita moribunda... ¿No? Sabías que si le dabas lastima... ella te iba a rescatar.

Parabrisa —No, no. No fue así.

Fantoche —¿Y cómo fue? Quiero saber todo con lujo de detalles.

Parabrisa —No hay mucho que contar. No sé por dónde empezar...

Fantoche —Dale. Contá de una vez...

Parabrisa —Bueno. A ver... Yo estaba, como todas las tardes, al costado de la ruta, mirando pasar los autos.

Fantoche —¿Vos te pasás todas las tardes mirando autos?

Parabrisa —Sí, me encanta mirar autos. Me gusta memorizar los colores, las marcas, los motores..., calcular a qué velocidad pasan... Esas cosas. (Se pone a mirar los autos).

Fantoche —Mira vos. (Ella no responde). ¿Y entonces? (No responde). ¿Y entonces?

Parabrisa —Y entonces, justo pasó Emilia, en su Peugeot 405 color azul Francia, y vio por la ventanilla que yo la estaba mirando.

Fantoche —Qué casualidad.

Parabrisa —Yo la miré, ella me miró y hubo algo...

Fantoche —¿Cómo algo?

Parabrisa —Claro algo... Un no sé qué, un... (Hace con la boca como un gesto eléctrico). Entonces, ella puso punto muerto, y frenó al costado de la ruta. Se me acercó, me miró, y me dijo sonriendo: “Vos me gustas para novia de Fantoche”.

Fantoche —(Sorprendido) ¿Cómo?

Parabrisa —Sí, eso me dijo: “Vos me gustas para novia de Fantoche”.

Fantoche —¿Y vos sabés quien es Fantoche?

Parabrisa —(Seductora) Sí, claro. Cómo no lo voy a saber...

(Señalándolo sin pudor). Fantoche sos vos.

Fantoche —O sea que...

Parabrisa —Parece que Emilia me adoptó para que sea tu novia.

Para que formemos una familia. ¿Qué te parece la idea?

Fantoche —No puede ser. Seguro que vos inventaste todo esto.

Sos una mentirosa. Mentirosa. Coneja mentirosa.

Parabrisa —A ver... si no fue así. ¿Cómo llegué a esta casa?

Canción: *Sos un espía*

Fantoche —*Seguramente que sos una espía
que vino para infiltrarse en la casa.*

*Seguramente que sos una espía
que quiere incriminarnos en algo.*

Parabrisa —*Yo no sé lo que es una espía.*

Yo no sé lo que es una espía.

Fantoche —*Seguro que sos un extraterrestre
que vino en una nave espacial.*

*Seguro que sos un extraterrestre
que quiere a la tierra conquistar.*

Parabrisa —*Yo no sé que es un extraterrestre.*

Yo no sé que es un extraterrestre.

Parabrisa —Vos me parece que viste demasiadas películas.

Fantoche —Y vos viste demasiados autos.

Parabrisa —Sí, es probable. Por eso a la noche me duele tanto el cuello, de tanto... (Hace el movimiento con el cuello como que

van pasando autos de un lado a otro y va imitando el ruido de los autos con la boca).

Fantoche —De todas las mascotas, que Emilia podría haber traído, justo traje una coneja que está completamente loca. ¡No lo puedo creer! Pero no, esto no va a quedar así. (A la coneja). Escuchame una cosa, querida. ¿Vos cómo te llamás? (La mira y sigue haciendo el movimiento). ¡Ey! (La coneja sigue. El conejo más fuerte.) ¡Ey!

Parabrisa —Fiat uno negro. Patente AOZ 899.

Fantoche —¿Qué?

Parabrisa —Maneja un masculino de bigotes tupidos. Tiene lentes de sol.

Fantoche —¿Me estás escuchando?

Parabrisa —(Pestañea un par de veces. Sale de la imagen de la ruta y vuelve a la casa. Como al principio). Hola. (El conejo no lo puede creer). Hola.

Fantoche —Hola, sí, hola...

Parabrisa —¿Vos sabés como me llamo?

Fantoche —No, no sé.

Parabrisa —Me llamo “Parabrisa”.

Fantoche —¿Parabrisa?

Parabrisa —Sí. Porque mi mamá me tuvo arriba del parabrisas de un Toyota, que se había desprendido en un accidente.

Fantoche —Ah, claro. Entiendo. Escuchame... “Parabrisa”

Parabrisa —Si querés me podés decir “Para”.

Fantoche —Bueno, como quieras...

Parabrisa —(Acercándosele). Y se te parece bien, cuando ya seamos novios, me podés decir “Brisa”, a secas, sin el “para”.

Es más romántico.

Fantoche —Pará.

Parabrisa —Pára.

Fantoche —¡Pará! Escuchame una cosa. Yo no tengo intenciones de ser tu novio. Quiero que eso quede bien claro.

Parabrisa —(Triste, sorprendida) ¿Cómo?

Fantoche —Sí, yo soy un conejo soltero, y quiero seguir así hasta el fin de mis días. Sol-te-ro.

Parabrisa —Pero... ¿Cómo vas a ser papá? Sin una novia nunca vas a poder tener conejitos. ¿Vos no querés tener conejitos?

Fantoche —No, la verdad que no. Yo soy feliz así, acá, en esta casa, con Emilia, mi cucha, mis zanahorias, mis películas. No necesito más nada.

Parabrisa —Pero... ¿Emilia no se va a poner muy triste si descubre que me trajo a esta casa para nada?

Fantoche —Quién sabe. Quizá Emilia te deje en la ruta de vuelta, cuando descubra que a mí no me hace falta ninguna novia.

Parabrisa —¿Yo? ¿Otra vez en la ruta? (Vuelve a ver la ruta y los autos).

Fantoche —(Él la mira). ¿No te gustaría volver a la ruta?

Parabrisa —Citraño amarillo.

Fantoche —¿No te gustaría volver a mirar autos todas las tardes?

Parabrisa —Ford Falcón verde.

Fantoche —Estaría bueno... ¿No?

Parabrisa —Bicicleta rosa.

Fantoche —Parece que te divertirías haciendo eso.

Parabrisa —(Sale del estado). No. La verdad que no. Nunca me divirtió mirar autos. Pero me ayudaba a pasar el tiempo. Me ayudaba a no pensar en mi familia.

Fantoche —¿En tu familia?

Parabrisa —En la familia que perdí.

Fantoche —¿Cómo que la perdiste?

Parabrisa —Sí, son peligrosos los autos. Hay que tener mucho cuidado. Por eso sólo hay que mirarlos de lejos. Siempre al costado de la ruta.

Fantoche —¿Entonces vos estabas sola?

Parabrisa —Sí. Sola, sola.

Fantoche —¿Pero... cuánto hace que estás sola?

Parabrisa —Creo que dos meses... no, digo dos años, dos años. Eso. Ya hace dos años que mi hermanita quiso cruzar la ruta.

Ella fue la última. Hace dos meses, digo dos años. Disculpa

Fantoche, creo que mire demasiados autos, y eso me confundió un poco la cabecita.

Fantoche —Está bien, entiendo.

Parabrisa —(Silencio). ¿En serio creés que, si no me aceptás como novia, Emilia me va a llevar de vuelta a la ruta?

Fantoche —No, solo te quería asustar. Emilia sería incapaz de abandonar a un animal.

Parabrisa —¿Es buena no?

Fantoche —Sí, demasiado.

Parabrisa —Qué suerte que tuviste.

Fantoche —Mucha suerte. Ella siempre quiere lo mejor para mí.

Parabrisa —Te debe querer mucho.

Fantoche —No te preocupes, te vas a quedar acá.

Parabrisa —¿No le va a importar a Emilia que no seamos novios?

Fantoche —(Él la mira). Ella no se tiene porque enterar.

Parabrisa —¿Qué cosa?

Fantoche —Que no somos novios.

Parabrisa —¿Crees que no se va a dar cuenta?

Fantoche —Yo creo que, si nos besamos cada tanto, delante de ella, no va a sospechar de nada.

Parabrisa —Ah... y entonces ella va a ser feliz.

Fantoche —Claro.

Parabrisa —Ah... Genial. Listo. (Silencio. Se miran). ¿Te parece que tendríamos que ensayar?

Fantoche —Y... no sé... yo nunca besé a nadie... ¿Vos sí?

Parabrisa —No, nunca. Solo miré muchos autos, mucho más que eso no hice.

Fantoche —Bueno entonces sí. Me parece que tendríamos que ensayar.

Parabrisa —Bueno. ¿Cómo es? ¿Quién empieza?

Parabrisa —No sé, yo soy el conejo macho, creo que tendría que empezar yo.

Parabrisa —Como quieras. Si querés empiezo yo. A mí me da lo mismo.

Fantoche —No, no. No estaría bien. Bueno... a ver... (Se acerca para besarla lentamente). Pone el hocico así. (Ella le hace caso).

Parabrisa —¿Así? ¿Cómo si fuese un Volkswagen?

Fantoche —(Le dice que sí sin entender). Sí, así. Bueno ahora cerremos los ojos. (Cierran los ojos). Ahora yo me voy a ir acercando despacio y... (Ella lo besa de sopetón y fuertemente. Se separan).

Parabrisa —Perdón, me fallaron los frenos.

Fantoche —Está bien no importa.

Parabrisa —Estuvo bien.

Fantoche —Sí, creo que estuvo muy bien. Creo que con eso la vamos a convencer.

Parabrisa —A mí me parece que tendríamos que seguir practicando un poco más.

Fantoche —Bueno, no sé. Podría ser. Así nos cree, y no tiene ningún tipo de dudas.

Parabrisa —Claro. (Se vuelven a besar) Creo que ese estuvo aún más realista que el anterior.

Fantoche —Estoy de acuerdo.

Parabrisa —Listo, entonces. (Yendo hacia proscenio). Lo único que me preocupa es que... Cuando Emilia vea que los conejitos no aparecen, se va a entristecer mucho. (Se queda mirando la nada).

Fantoche —¿Qué Conejitos?

Parabrisa —Los hijitos. Nuestros hijitos.

Fantoche —Ah...

Parabrisa —Ya veremos más adelante ¿No?

Fantoche —Sí, ya veremos. Quién sabe, quizá los conejitos aparezcan. Después de todo, yo haría cualquier cosa por ver feliz a Emilia.

Parabrisa —¿La querés mucho no?

Fantoche —Sí, sí. (La coneja comienza a cabecear nuevamente como en la ruta. El conejo la ve y sonríe). ¿Qué auto estás viendo ahora? ¿Una Ferrari?

Parabrisa —No, no son autos. Son todos conejitos. De todos los tamaños. Algunos se parecen a mí. Otros se parecen a vos. Hay de todos los colores. Son hermosos, hermosísimos.

Fantoche —¿En serio?

Parabrisa —Sí, no sé a dónde están yendo. Pero van rápido, muy rápido.

Fantoche —Me gustaría verlos.

Parabrisa —Ahí están. ¿No los ves? (Él trata de hacer foco). Es mi nueva familia. Otra vez voy a formar parte de una familia. Parece un sueño.

Fantoche —Emilia tenía razón. “Vos me gustas para novia de Fantoche”. (Se escucha la puerta y la voz de Emilia que llega). Ahí llegó Emilia. Vamos a recibirla. (Fantoche sale y la coneja lo mira salir. Se quita la capucha de coneja y va a la hoja y sigue escribiendo).

Malena —“*Y así fue que la coneja Parabrisa, y el Conejo Fantoche, se pusieron de novios. Todo era felicidad en la casa de Emilia. La coneja Parabrisas tenía una nueva y hermosa familia; el Conejo Fantoche aprendió que siempre se puede ser un poco más feliz; y Emilia se compró un libro de cocina con mil recetas de platos que siempre llevaban zanahorias. Después de algunos meses de convivencia, llegaron los conejitos. Primero fueron 24, después otros 32, y al finalizar el año ya tenían un total de 60 hijitos. Una numerosa familia se había formado en la casa de Emilia. Y tanta fue la felicidad de la coneja Parabrisa, que se olvidó de la ruta, de las marcas de los autos, de los colores, de las velocidades... Sólo tenía espacio en su cabeza para momentos felices. Su soledad había quedado en el pasado para siempre. Fin*” Listo. A ver... Parece interesante. Está bueno porque el cuento tiene como... un lado emocionante. Pero... (Relee). No, no me convence. El personaje de la Coneja... No sé, me parece está demasiado loca. No sé si Fantoche se enamoraría de una coneja así. Tendría que reescribirlo y cambiarle algunas cosas, pero... no sé. ¿En qué estoy pensando? Primero escribo sobre un duende que ceba mates, ahora sobre una coneja loca... es un delirio esto. ¿Por qué no me pongo a escribir historias sobre seres humanos y listo? Claro, ahí está. Podría ser un pintor... claro, o algún tipo de artista... Podría ser...

Madre —Todavía te estoy esperando Malena, dijiste un rato, pero ya pasó mucho tiempo. Van a cerrar el almacén. Dale, andá.

Malena —Esperá, mamá.

Madre —¿Que espere qué cosa?

Malena —Se me ocurrió una idea que no quiero que se me pierda.

Madre —¿Seguís escribiendo?

Malena —Es importante, mamá, en serio. Andá a comprar vos la harina, por favor.

Madre —Malena, me estás haciendo enojar. Deja de perder el tiempo con esos cuentos, y anda a comprar la harina de una vez. ¿Adónde querés llegar con esto? ¿Vos te das cuenta que los escritores se mueren de hambre en este país? Mejor anda pensando en algo más productivo qué estudiar, porque, si no, vas a salir a buscar trabajo ya mismo. Yo no voy a mantener una vaga.

Malena —Pero me gusta escribir, mamá ¿Qué querés que haga?

Madre —A mí me gusta mirar televisión, y no por eso estoy todo el día mirando televisión.

Malena —¿Cómo que no? Si te la pasas mirando televisión todo el día. Es lo único que hacés.

Madre —Mentira. También cocino, lavo los platos, limpio la casa...

Malena —Sí, hacés todo eso, pero sin dejar de mirar televisión.

Madre —Ay hija, repetime lo que me dijiste que justo estaban pasando la publicidad de la novela de la tarde.

Malena —Basta, mamá, dejame sola. Anda a mirar televisión, a comprar harina, a pasear al perro, hacé lo que quieras, pero no me molestes más.

Madre —Yo no sé qué te pasa. Estás inaguantable. Dejá, no hagas nada, me voy a comprar la harina antes de que empiece el programa de chimentos.

Malena —Bueno, chau.

Madre —Pero vos andá pensando... ¿Eh? Porque yo no voy a permitir que mi hija escriba poesías, encerrada, mientras vive de la plata sus padres.

Malena —No escribo poesía, son cuentos mamá.

Madre —Me da lo mismo, es todo pérdida de tiempo. Con las poesías no se gana plata. ¿Sabés? Con qué te pensás comprar todas esas cosas bonitas que muestran en la tele.

Malena —Andate de una vez (La madre se aleja). ¡Qué insoportable! Yo no sé a quién salí. Para mí que alguien se equivocó en algo. Ni siquiera sabe que escribo cuentos.

(Sorprendida) ¿Poesías? Nunca escribí una poesía en mi vida.

(Repitiendo). Poesías... (Dándose cuenta). Eso. Poesía. Un poeta. (Va y se sienta a la máquina nuevamente). “*Había una vez un poeta llamado Gabriel...* (Entra Gabriel. Ella piensa, él espera. Encuentra sobre su mesa, una foto de ella en donde esta hermosa). *Gabriel se había enamorado perdidamente de la princesa de un lejano reino, a través de un retrato que había llegado a sus manos.* (El poeta saca de su bolsillo el retrato. Está hecho a lápiz. Se lo muestra a público). *El poeta se pasaba horas y horas mirando, y mirando el retrato embelesado*” (El poeta besa la foto) “*Su único sueño era llegar a conocer en persona a esa princesa del retrato. Un día, mientras se encontraba mirando el retrato se dijo*”

Gabriel:

*En lugar de estar mirando
el retrato noche y día,
me pondré a trabajar
con esmero y alegría.
Para así poder ahorrar,
para así poder viajar
a conocer a mi amada
princesa de mi fantasía.*

Malena —“*Así fue que el poeta se puso a trabajar. Se levantaba con el sol, y descansaba con la luna. Cargaba bolsas, sembraba*

la tierra y daba de comer a los animales. Realizó todo tipo de labores. Así trabajó sin descansar un solo día. Hasta que una tarde, después de cinco largos años de duro trabajo, se puso a contar sus monedas. Con asombro descubrió que ya tenía el dinero para viajar a conocer a su amada princesa del retrato”

Gabriel:

*Después de trabajar
durante cinco años
ya tengo mi dinero,
ya tengo lo que quiero.
Voy a poder viajar,
y al fin conoceré
a mi preciosa dama,
la dama de mis sueños.*

Malena —“*Así fue que Gabriel tomó su dinero, y partió rumbo al reino lejano en donde habitaba su hermosa princesa”*
(Gabriel sale y vuelve a entrar con una silla. Se sienta y simula viajar en carro)

Gabriel:

*Ya estoy en camino,
al fin podre conocerla,
me pregunto qué sentiré
cuando de cerca pueda verla.*

*Será un largo viaje.
Semanas en este carro,
tirados por dos caballos
uno negro, y uno blanco.*

*Y no sé qué voy a hacer
cuando quiera ir al baño.
Tendré que hacer en un árbol
como hace el perro de al lado.*

*Tendría que haber traído el mate
que me regalo Verdolaga,
es una buena compañía
para recorrer largas distancias.*

*Que será de la vida
de aquel duende delirante.
Ojalá que me lo cruce
así le cuento de mi viaje.*

*Mejor me duermo algunas horas
así descanso un poco el cuerpo
Voy a soñar con mi princesa,
voy a soñar con nuestro encuentro.*

Malena —(Entrando ya con el vestido puesto) *El día en que llegó el poeta al reino, la princesa se encontraba muy aburrída... (Acomoda la silla) ...sentada en su trono real. (Se sienta). Ya se había enterado de que, un poeta, había viajado miles de kilómetros, tan sólo para conocerla. Así que estaba esperando que llegue, por lo menos, para escuchar a ese loco viajero enamorado. (El poeta entra y avanza lentamente hasta ella, no lo puede creer).*

Princesa —¿Así que tú eres el poeta viajero? Veo que no has tenido tiempo de bañarte. ¿Fueron muchos días de viaje? ¿Mucho tiempo sentado? (Él no puede hablar, se arrodilla a sus

pies, emocionado. Ella le toca un hombro) ¿Por qué no hablas?
¿Me oyes? ¿O aparte de ser poeta y loco, también eres sordo?
Hola. ¿Me oyes? (Él le toma la mano y la besa. Ella se la quita).
¿Qué es lo que te pasa? ¿No piensas hablar?

Poeta:

*Disculpe mi señora,
aún parece un sueño
tenerla aquí a mi lado,
la miro y no lo creo.*

*Tiene que ser un sueño,
tener a su hermosura
entre mis pobres dedos,
lo siento una locura.*

Princesa —Ahora entiendo porque lo llaman poeta. Habla muy bonito, realmente. ¿Usted siempre habla así? ¿Todo el día? ¿Siempre está rimando y rimando? ¿Eh?

Poeta:

*Yo siempre estoy hablando,
rimando cada verso.
No hablo de otra forma,
disculpe, si molesto.*

Princesa —Señor poeta, usted está verdaderamente loco ¿Me podría mostrar cuál es ese famoso retrato que lo hizo enamorarse perdidamente de mí? (El poeta se lo muestra). Estoy bastante mal. Por suerte no recuerdo quién fue el autor de esta ilustración, sino lo haría pasar por la guillotina.

Poeta:

*Ninguna obra de arte de este mundo
se compara con mirarla a usted,
aunque sea por un segundo.*

Princesa —¿Realmente estás enamorado de mí?

Poeta:

*No dude de mi corazón
ni siquiera sea por un instante.
Dígame cómo es que puedo
mi amor eterno demostrarle.*

Princesa —Muy bien. Mi deseo es que, de ahora en más, hables normalmente. Sin rima, ni versos. ¿Comprendes? Basta de poesías.

Poeta:

*Pero son tantos años
hablando sólo en verso
que no creo posible
cumplir con su deseo.*

Princesa —Si no deja de hablar en verso ahora mismo, le voy a tener que pedir que se retire. No voy a tolerar que no se cumplan mis mandatos.

Poeta:

*Me iré feliz sabiendo
que el sueño de mi vida
al fin ya fue cumplido,
puedo morir tranquilo.*

Princesa —¿Así que se va feliz? ¿Así que puede morir tranquilo?

Poeta:

*Así es mi princesa.
Ya mismo me retiro,
con mi sueño cumplido.
Gracias por su nobleza.*

Princesa —¿Y si me besaré en los labios? (El poeta se frena).
Veo que no había pensado en eso, querido poeta. ¿No es así?
¿Qué le parecería besarme en los labios? (Se queda callado).
Vamos, conteste. Arme uno de sus versitos. Responda. ¿Qué le parecería besarme en los labios?

Poeta:

*Nunca soñé con tanto,
sus manos anhelabas.
Pero besar sus labios
sería... sería...*

Princesa —¿Qué le pasa al poeta? ¿No puede terminar su rima?
¿Qué le pasa? ¿Es que realmente quisiera besarme en los labios
a mí, a una princesa, a una integrante de la realeza? (Él le mira
los labios y se va acercando lentamente). ¿Qué hace? No se
acerque, yo sólo hablaba de una suposición.

Poeta:

*Poder besar sus labios
sería el paraíso.
El fin de mi destino,*

el fin de mi camino.

Princesa —Muy bien. Veo que sigue hablando en verso. Entonces lo siento, mi querido poeta. Lo lamento, pero se quedará sin el beso. Le pido que se retire. (El poeta se queda quieto). Que se retire le digo. ¿No escuchó? ¿Quiere que llame a los guardias?

Poeta —*Quiero un beso, para poder encontrar en él...*

Princesa —Vamos, siga, siga con la rima.

Poeta —*Quiero un beso...quiero...quiero. Quiero un beso.*

Princesa —(Festejando) Por fin. Por fin dejó de hablar en verso. Por fin. Qué maravilla. Hagamos un festejo. Llamen al rey. Que noticia maravillosa. (Él la besa a la fuerza. Ella se suelta).

Pero... ¿Qué hace? Guardias, guardias, llévense a este loco y mátenlo. Guardias. (Se saca la corona y se sienta a la máquina) *“La princesa no podía creerlo, el poeta la había besado. Ella, que nunca había sido besada por nadie. Su primer beso había sido dado por un poeta, pobre y sucio, que había venido de muy, muy lejos. Estaba indignada, confundida, no sabía qué hacer, porque, después de todo, el beso le había gustado. Pero ella era una princesa, no podía andar besándose con poetas que no sabían hablar normalmente, que andaban rimando todo el día...”* (Ella frena. Se da cuenta que está rimando. Saca la hoja enojada. La lee). *“Guardias, guardias, llévense a este loco y mátenlo... mátenlo”* Pero no ¿Cómo lo va a mandar a matar? El poeta recorrió kilómetros, trabajo durante cinco años para conocerla... ¿Y ella lo va a mandar a matar? ¿Así, sin más? No. ¿Qué estoy escribiendo? Esto es cualquier cosa. Es el tercer intento de cuento que escribo hoy, y es otra porquería. Ya estoy podrida. ¿Cuándo me va a salir un cuento como la gente? (relee)...guardias, llévense a este loco y mátenlo... ¿Pero en que estoy pensando? No sirvo para esto. Mi mamá tiene razón, es

una pérdida de tiempo escribir. (Rompe la hoja y el poeta, que se había quedado mirando por dónde venían los guardias grita de dolor. Ella se queda mirándolo retorcido de dolor. Le pregunta casi por inercia).

Malena —¿Estás bien?

Gabriel —Me... me duele mucho el brazo.

Malena —No entiendo. ¿Qué pasó? ¿Vos estás vivo?

Gabriel —Sí, usted me creó. ¿Cómo puede dudar de mi existencia?

Malena —¿Yo te creé? (Mirando las hojas). Pero son, sólo... cuentos.

Gabriel —Usted no comprende. Para usted, son sólo cuentos, pero para nosotros, es la vida.

Malena —No puede ser.

Gabriel —Créame, es así.

Malena —(Se levanta y lo trata de ayudar). ¿Qué puedo hacer?

Gabriel —Trate de arreglar el cuento por favor.

Malena —(Va hasta la mesa). ¿La hoja?

Gabriel —Sí, la historia.

Malena —(Lo mira desconfiada. Rasga un poquito más de la hoja sin que la vea, y él vuelve a gritar). Perdón, fue sin querer. Ya lo arreglo. (Saca de un cajón una cinta adhesiva y pega la hoja con cuidado). Espera que ahora la pego... A ver si funciona. Aguantá, por favor.

Gabriel —Sí, está bien.

Malena —Listo. ¿Te sentís mejor? (Termina de pegarla).

Gabriel —Sí, mucho mejor. (Mueve el brazo) Apenas siento un pequeño dolor.

Malena —Perdoná, yo no sabía.

Gabriel —Está bien, comprendo. No debe ser fácil de creer.

Malena —(Se miran). ¿Y ahora qué hago?

Gabriel —Debe terminar de escribir el cuento, mi reina.
Malena —No, pará, yo no soy tu reina. Solo soy una chica que escribe cuentos que son horribles.
Gabriel —Sé quién eres, mi señora, eres “Malena”.
Malena —¿Vos me conocés?
Gabriel —¿Cómo no voy a conocer a mi creadora? Tú eres la creadora de todos nosotros. De nuestro mundo, de nuestra vida.
Malena —¿De todos ustedes?
Gabriel —Claro, del conejo Rodolfo, del Duende Verdolaga... Todos fuimos creados por usted. Vivimos en sus cuentos.
Malena —Pero mis cuentos son horribles.
Gabriel —No diga eso.
Malena —Son una pérdida de tiempo.
Gabriel —¿A usted le parece una pérdida de tiempo habernos dado la vida?
Malena —No, no quise decir eso.
Gabriel —Por favor, termine de escribir el cuento.
Malena —No puedo, si el cuento sigue te vas a morir... porque besaste a la princesa. ¿Por qué tenías que besarla?
Gabriel —No pude resistirme, era muy parecida a usted.
Malena —¿A mí?
Gabriel —Sí, mi señora. Usted aparece en los personajes, aunque no se dé cuenta. Después de todo usted es quien los crea, algo de usted se va con ellos.
Malena —¿Entonces vos estás enamorado de mí?
Gabriel —Perdidamente. Yo la amo con locura.
Malena —¿En serio? No sé, a mí nunca... No sé. ¿Es hermoso lo que decís? Pero...
Gabriel —Ya sé, usted no me ama.
Malena —No, no, no digas eso. Si yo te amo...
Gabriel —¿Sí?

Malena —Creo... que... también te amo... (Gabriel sonrío)

Pero... No tiene sentido todo esto. Sos un personaje...

¿Entendés?

Gabriel —Pero puedo dejar de serlo.

Malena —¿En serio? Pero... ¿Cómo?

Gabriel —Usted me creó como personaje... Quizá pueda transformarme en persona.

Malena —(Dándose cuenta). Con el cuento. (Va y se sienta a la máquina y mete la hoja arreglada. Relee donde había quedado). *“Ella, que nunca había besado a nadie, había tenido su primer beso con un poeta, pobre y sucio, que había venido de muy lejos. Estaba indignada, confundida, no sabía qué hacer, porque después de todo, el beso le había gustado. (Se miran) Pero ella era una princesa, no podía andar besándose con poetas que no sabían hablar normalmente, que andaban rimando todo el día... (Se pone a escribir. Él se sienta al lado escuchando). Entonces, cuando llegaron los guardias, y lo llevaron a la horca, se escuchó una voz en el cielo que dijo “Yo soy Malena, la escritora de este cuento. Y vengo a salvar, al personaje del poeta Gabriel, de la muerte, transformándolo en una persona de carne y hueso como yo”. Entonces Gabriel, desapareció de las manos de los guardias, y apareció sentado en una silla al lado de la escritora Malena, ya siendo una persona. Fin. (Ella levanta la vista y lo ve a él sentado a su lado).*

Gabriel —¿Ya está?

Malena —Parece que sí.

Gabriel —¿Y cómo probamos?

Malena —No sé. (Piensa) A ver... Sí sos una persona de verdad, mi mamá tendría que escucharte. ¿No?

Gabriel —Claro. Y si su madre no me escucha es porque todavía debo de ser un personaje.

Malena —Claro. Dale probá.

Gabriel —Señora madre de Malena. (Silencio. Nada. Más fuerte). Señora madre de Malena. No, no me escucha. Debo de ser un personaje. No funcionó. (Ella se acerca y lo abraza).
Madre —Malena. ¿Hay alguien con vos ahí? (Se quedan los dos sorprendidos). Malena, te estoy hablando, no me hagás preocupar.

Malena —¿Qué pasa mamá?

Madre —Escuche una voz de hombre que decía “Señora madre de Malena”. ¿Hay alguien con vos?

Malena —Sí, Má. Está Gabriel, un... compañero de la escuela que... vino a estudiar.

Madre —¿Pero cuando entró?

Malena —Cuando fuiste a comprar la harina.

Madre —Qué raro.

Gabriel —Así es señora, soy un compañero escolar que está estudiando aquí en la habitación, junto a su maravillosa hija. La llamaba a usted para ver, si tendría la gentileza, de traernos un café con leche para ambos, ya que me han informado que es una maravillosa cocinera y una madre ejemplar e...higiénica.

Madre —(Feliz). Pero sí, cómo no. Ya mismo les preparo todo. Pero que chico más educado. También les voy a traer una porción de pastaflora. ¿Quieren?

Gabriel —Sería realmente encantadora si lo hiciera.

Madre —¿Encantadora? Qué palabras. Ojito, Malena, tratelo bien. Mira que parece un chico muy agradable.

Malena —Sí, mamá. Andá. Yo lo trato bien.

Madre —Ya les traigo todo. (Sale cantando).

Malena —Bueno. (Se le acerca y lo besa). Sos una persona. No lo puedo creer.

Gabriel —Yo tampoco. Gracias mi reina. No sé qué puedo hacer por usted. Estoy tan agradecido.

Malena —Sólo te pido que me ames para siempre. Como en los cuentos.

Gabriel —La voy a amar para siempre. Como en sus cuentos.

Malena —¿Y si en realidad seguimos siendo personajes de un cuento?

Gabriel —¿Cómo?

Malena —Claro, si todo lo que me pasó hoy fuese un cuento.

Gabriel —¿Acaso podría ser?

Malena —Quién sabe. Un cuento o una película.

Gabriel —O una representación teatral.

Malena —Claro, podría ser una obra de Teatro. ¿Cómo te gustaría que termine, si esto fuese una obra de teatro?

Gabriel —No sé. ¿Con uno versos?

Malena —No, versos no. Basta de versos. Mejor una canción. ¿Qué te parece?

Gabriel —Me encantaría. ¿Cómo podría ser?

Malena —Podría ser algo así: (ella aplaude y comienza a sonar la música)

Canción: Si la vida fuese un cuento

Malena —*Si la vida fuese un cuento
escrito por alguien...*

Gabriel —*Y si cada uno fuera
solo un personaje...*

Malena —*Y si ustedes que nos miran
también fueran un invento...*

Gabriel —*...cada uno con su vida,
su destino y fantasías...*

Malena —*Personajes de otros cuentos*

*por leerse y escucharse.
Cada vida un camino,
una historia por contarse.*

*Gabriel —Si la vida fuese un cuento
escrito por alguien,
donde hay duendes y conejos,
y un millón de personaje
más...*

*Malena —Si la vida fuese un cuento,
no me importaría.
Gabriel —Te amaría como te amo,
viviría a tu lado.*

*Malena y Gabriel—De aventura en aventura,
viviríamos creando.
Escribiendo las historias,
que jamás se imaginaron.*

*Malena y Gabriel—Si la vida fuese un cuento
escrito por alguien,
“Agradezco al que escribe
por contar la historia
de este amor”*

FIN